

adherido el entendimiento por toda la vida. Después de la muerte, las almas dotadas de bondad trasmigran á una naturaleza divina; las dominadas por la pasión á una condición humana; las entregadas á la oscuridad á la condición de bestias. Hay en cada trasmigración grados proporcionales. El que mata á un braham se transforma en asno ó en perro; el braham que bebe licores en gusano y si roba; en serpiente ó en camaleón; el ladrón de granos en cisne; el de carnes en buitre, y el de perfumes en ratón almizclero.

Conducen á la bienaventuranza la devoción austera, el conocer á Brama, el dominar sus sentidos, el no hacer daño á nadie, y el estudiar los Vedas para adquirir conocimiento del alma suprema, que es la ciencia capital. El que hace bien por interés, llega, cuando mucho, á la categoría de los Devas; el que atiende únicamente al conocimiento del Ente divino, se halla libre de los lazos mortales, y aun vivo columbra en todos los seres el alma suprema, y en el alma suprema á todos los seres; y luego alcanza la inmortalidad.

Aquí se trasluce ya el panteísmo de Manú, el cual se muestra más claro en las siguientes palabras: « El alma son todos los dioses; en el alma suprema reposa el universo; ella produce la serie de las acciones de los seres animados. El gran Ser, más sutil que un átomo, envuelve en sí á todos los formados por los cinco elementos, y los conduce paso á paso del nacimiento al desarrollo y á la disolución. De este modo el hombre, que reconoce en su alma el alma suprema, presente en todas las criaturas, se muestra igual para con todos, y por último lo absorbe Brama. »

Así como el código de los Hebreos nos ha transmitido sus usos y costumbres, el que los Indios han conservado con igual tenacidad nos ofrece una maravillosa pintura de lo que era esta nación doce siglos antes de Cristo. Aunque todavía en la cuna, ya existía allí la distinción de las castas, fundada en los Vedas, cuya interpretación había creado una vasta literatura y opiniones discordantes, á consecuencia de los esfuerzos de la razón humana, rebelada contra el yugo de la autoridad, pero contenida por el poder del hábito. El rey, si bien considerado como una divinidad aparecida en la tierra, corría riesgo de perder el trono y la vida. Era de su deber aplicar los castigos más severos, proteger al débil y sobre todo á la mujer, ese ser infimo, pero que seduce hasta á los mayores sabios, y cuya maldición arruina una casa, mientras que el Cielo protege á los que le rinden homenaje.

Las tres castas superiores gozaban, instruían, mandaban, en tanto que los Sudras, contentos en la servidumbre con la esperanza de mejorar de condición, se dedicaban á las artes y manufacturas, y hacían vasos, no sólo de cobre, hierro, estaño y plomo, sino también de oro y plata, metales que se extraían bajo la dirección del rey. Sabían trabajar pendientes de oro, piedras

preciosas, corales y diamantes; tallar delicadamente el ébano, el marfil, el cuerno; tejer finísimas telas para adorno de los ricos, que iban en elegantes palanquines tirados por bueyes, camellos y caballos. Alegraban sus fiestas con músicas instrumentales y vocales, bailarines, luchadores y comediantes; á pesar de las prohibiciones legales, había en ellas riñas de gallos, carneros y otros animales; deliciosos perfumes recreaban las salas, y cubría las mesas una gran variedad de manjares y bebidas fermentadas (1).

Al propio tiempo se habían introducido los males, compañeros de la civilización: cien supersticiones, la pasión del juego, las usuras exorbitantes, el espionaje infame, la torpe prostitución. El rey empleaba á los criminales arrepentidos para descubrir los intentos de los malvados. Sus agentes se servían de cifras para darle á conocer los designios de los príncipes extranjeros; el servicio interior de la corte estaba exclusivamente á cargo de mujeres; y á fin de libertarse del envenenamiento, no recibía el rey la comida sino de las manos más fieles, la mezclaba con antidotos, y llevaba consigo ciertas piedras contrarias á los venenos (2).

Además del código de Manú, se escribieron otros tratados de moral apoyados especialmente en los Vedas y en los Puranas: entre ellos se distingue el Pan-Gha-Tantra, colección de aforismos por Visnú Sharma (3) cuya muestra es la siguiente:

« Los hombres, al nacer, ni se aman ni se aborrecen; el amor y el odio provienen de circunstancias accidentales. Es amigo aquel que nos presta su ayuda en los días aciagos. — No te juntes con el malo; porque los tizones ó quemados ó ennegrecen. — Teme la calma del perverso más que la cólera del hombre de bien. — El malvado que sabe es un áspid con la cabeza adornada de piedras preciosas. — No cambies tu antigua habitación por otra nueva antes de haberlo meditado suficientemente. — Si llegares á un sitio en donde no se teme hacer daño, huye. — Nunca el sabio es jefe de facciones. — No mires con desden las cosas pequeñas, porque muchas hebras de paja tienen al elefante. — Nada es la vida sin honor. — Piérdese la vida en un instante; pero el honor dura eternamente. — El que no teme la muerte mientras vive, tampoco la ve venir cuando llega. — El que no trata de adquirir buena reputación, está muerto en vida. — El sabio no habla nunca de su edad, ni de sus riquezas, ni de sus pérdidas, ni de los defectos de su familia. — El hombre honrado es á modo de una flor oculta bajo la yerba, ó

(1) En nuestros documentos de LEGISLACION damos la traducción del Darma-Sastra. Véanse principalmente el lib. II, es. 178-204; el III, es. 56, 58, 202, 208; el IV, es. 36; el V, es. 120, 121, 122; el VII, es. 8, 62; el IX, es. 222, 223, 239; y el XII, es. 43.

(2) Véanse el lib. II, es. 179; el III, es. 160; el IV, es. 219; el VII, es. 67, 123, 90, 217, 218; el IX, es. 223, 237, 238; el XI, es. 50, etc.

(3) DE MARLÉS, *Hist. génér. de l'Inde*, t. 17, p. 403-413.

» prendida en los cabellos que exhala siempre
» olor agradable. — Mejor es callar que mentir,
» ser pobre que enriquecerse por medio del
» fraude, vivir solitario en las selvas que en
» compañía de tontos. — La felicidad consiste
» en no tener inquietudes. — La religión es la
» benevolencia hacia las criaturas, y la escala
» por donde sube el hombre al cielo. — El que
» refrena sus pasiones, es dichoso aun en esta
» vida. — La vida del hombre en la tierra se
» parece á un viaje hecho en el transcurso de
» una noche. — La juventud, la hermosura, la
» vida, las riquezas, son otros tantos haces de
» paja que se lleva la corriente tras de sí. — El
» torrente no retrocede jamás; tal es la imagen
» de la existencia humana. — Sufre mil injurias
» antes que poner pleito; pero después de pues-
» to, no perdone medio para salir triunfante. —
» La ciencia enseña á conocerlo todo, menos el
» corazón del malvado. — No deseches la bebida
» saludable aunque te sepa mal, ni al amigo
» aunque adolezca de algún defecto. — Lo que po-
» sees después de llenas tus necesidades es de
» otro. — ¿Por qué te cuidas tanto del placer y
» del dolor? Sucédense el uno al otro de con-
» tinuo. »

Entre los siete sabios del Malabar se cuenta á la filósofa Aviar, una de las mujeres de Brama, está es, contempladora de la esencia divina. Esta escribió libros morales, dos de ellos el *Atisudi* y el *Katuyoluscham*, ó reglas de la sabiduría, en versos que cantan los niños en las escuelas (1). « Gloria y honor á la Divinidad. — La caridad es graciosa y no apasionada. — No divulgues tus secretos. — Cuando converses, hazlo con calma. — Cuida de los objetos de tu cariño. — Antes de confiarte á ninguno, sondea su carácter. — Aprende mientras eres joven. — No olvides lo que es provechoso á tu cuerpo. — Permanece firme en tu puesto, y conserva las leyes divinas. — No reveles los hechos ajenos, y trata de granjearte un buen nombre. — El mayor de todos los placeres es la lectura y escritura. — El ignorante es verdaderamente pobre. — El verdadero fin de la sabiduría es distinguir el bien del mal. — No engañes ni á tu enemigo. — La verdad es la flor de la doctrina. — Cuanto más se adelanta en la sabiduría, mayores son los progresos que se hacen en la virtud. — No hay virtud, faltando la religión. »

CAPÍTULO XV

El Buddismo.

Es también uno de los principales puntos de la historia de la India la introducción del Buddismo, y merece especial mención porque constituye una nueva faz de la civilización del

(1) *Asiat. Res.* t. VI.

Oriente, y también por haber dominado por espacio de tantos siglos, y dominar todavía desde donde nace el Indo hasta el Océano Pacífico y el Japon, habiendo conseguido suavizar las costumbres de los feroces nómadas del centro del Asia y hasta de la Siberia Meridional (1). Entre los veinte pueblos diversos que lo profesan, se han encontrado libros de donde extraer la historia de este, que es á la par culto y doctrina, religión y filosofía. Klaproth y J. J. Schmidt lo habían estudiado en textos mogólicos, y Abel Remusat en chinos. Hallándose Brian Houghton Hodgson en 1821 en la corte de Nepal, examinó el culto de Budda que veía predicar aun, y no bien supo que había libros budísticos en lengua sanscrita, logró hacerse con ellos después de mucho trabajo y los comunicó á las sociedades científicas. Burnouf (2) los estudió en Francia, y creyó poder descubrir por último la verdad, oculta hasta entonces; pero no trató en su obra sino de las vicisitudes del Buddismo en la India, donde nació y se desarrolló, y de cuyo país es fruto espontáneo, aunque esté de allí desterrado hace siglos y hasta calumniado como herético. Es de presumir que las obras escritas en el Tibet, en la China y en la Tartaria, concernientes á esta religión, sean meras traducciones de libros indios.

En el Tibet dan el nombre de Kangur á la inmensa colección de todos los libros sagrados de los Buddistas, que comprende las obras de Budda y de sus discípulos, las vidas de estos y de los patriarcas, las actas de los concilios, en una palabra, cuanto pertenece á la literatura canónica de aquella religión. Están grabados en madera, como los libros chinos, y el lama del Bután, que los conserva en depósito, hace sacar de tiempo en tiempo alguna copia para las iglesias y las escuelas. Dió de ellos noticia á la Europa el célebre viajero de Transilvania Csoma de Körös. Este mártir de la ciencia, dudando si los Húngaros eran compatriotas de los Ugores, y los Madgiars de los Mawares del Tibet, salió de su país á pié y como un mendigo, y en siete años llegó desde Transilvania á Lhasa (1822), examinando los países intermedios, ayu-

(1) En las *Transactions of the royal asiatic society of Great Britain*, t. II, p. 1 y 2 de 1830, se encuentran las importantes comunicaciones de Hodgson acerca de Budda. Abel Remusat, en sus últimos días, estudiaba mucho lo concerniente á la religión budística. Después de su muerte se publicó su trabajo sobre FUKOU-KI, con el título de *Relation des royaumes bouddiques; voyage dans la Tartarie, dans l'Afghanistan et dans l'Inde exécuté á la fin du IV^e siècle par Chy-fa-hian*. Paris 1836.

M. I. F. Davis, famoso por sus indagaciones acerca de la China, comunicó á la Sociedad Asiática el extracto de una relación de su padre sobre las instituciones de los habitantes de Bután, donde quedó singularmente sorprendido por la semejanza de ciertas prácticas con la liturgia cristiana. V. *Transactions of the royal asiatic society of Great Britain and Ireland*, I y II, año de 1834.

KLAPROTH, en las *Memorias relativas al Asia*, publicó una vida de Budda, según los libros mogoles. Véanse también el prólogo del abate Gorresio, en su edición del Ramayana, y la NOTA D.

(2) *Introduction á l'histoire du bouddhisme indien*. Paris, 1845.

dado de la hospitalidad oriental en aquellos puntos donde no encontraba cónsules ni personas ilustradas de Europa. Dedicóse en aquellas montañas á estudiar con ardor el idioma del Tibet, constituyéndose en paciente discípulo de aquellos sacerdotes y punditas. Adquirido este conocimiento, pasó á la India, donde la sociedad asiática le nombró bibliotecario, y allí publicó una gramática y un diccionario de la lengua tibetina, y además el análisis del Kanyur, de que había llevado consigo un ejemplar. Quería volver al Tibet, completar su educación, y resolver aquel problema, todavía oscuro á sus ojos; pero la muerte le sorprendió en 1842.

La colección nepalesa, tenida como una serie de declaraciones reveladas, hechas en vida de Sakia Muni, consta de ochenta mil tratados, número que se encuentra frecuentemente en las teorías é historias buddísticas. Añade una tradición que perecieron, no quedando sino seis mil, pero aun distan mucho de este número los que conocemos, y que forman el *Tripitaka* ó tres clases; esto es, el *Sutrapitaka* ó discursos de Budda; el *Vinayapitaka* ó disciplina, y el *Abidarmapitaka* ó leyes manifestadas, que llamaremos metafísica. Abrazan, pues, la religión y la filosofía, y se cree que fueron compilados por el último de los siete buddas humanos, esto es, en un tiempo posterior á los seres enteramente mitológicos.

Los *Sutras* tienen mayor autoridad que los Vedas, y se les considera como palabra propia del último Budda. Vienen á ser diálogos morales y filosóficos, no envueltos en tinieblas como las doctrinas bramánicas reservadas á las meditaciones de pocos, sino difusos y llenos de repeticiones, como conviene á la enseñanza universal. En lo que mas insiste el maestro es en la práctica, apoyando su doctrina en el relato de sus aventuras ó de las de sus discípulos en una vida anterior. Allí la leyenda ocupa, de consiguiente, un puesto secundario, al paso que domina en los *Avadanas*, que en su mayor parte tienen por objeto explicar la vida presente por medio de otra anterior, y anunciar las penas ó las recompensas reservadas á las acciones. Los primeros *Sutras* son mas sencillos; pero luego se introdujeron leyendas mas complicadas y fantásticas, y hasta fórmulas mágicas. La disciplina está mezclada á veces con la leyenda.

Los libros metafísicos no se pueden atribuir á Sakia Muni, sino á sus secuaces.

Por último, los *Tantras* son libros de supersticiones, dirigidos á adorar la personificación del principio formal, y que enseñaban á trazar cuadrados y círculos mágicos.

Leyendas.

En el seno del Bramismo, de un príncipe del país de Kosala (*Aod*), y de una familia de Chatrias, nació un joven príncipe, que renunció á los veinte años al mundo y entró religioso, apellidándose por el nombre de su familia el ermitaño de Sakia (*Sakia Muni*) ó Sramana Gotama. Tenia dos cuerpos: uno sujeto á la

muerte y á las trasformaciones, y otro que era la ley misma, eterna é inmutable. Nació en la tierra durante el equinoccio de invierno, esto es, el día 25 de la estrella de *chu-tang*, de una virgen hermosa, inmaculada, de régia estirpe, mientras que todo el mundo estaba en paz. Nació sin ofender la virginidad materna, y de repente una luz se esparció por el mundo, y los suaves cantos de los genios celestes anunciaron que había nacido el Reparador. Algunos reyes lo adoraron, y fué presentado niño en el templo, donde un viejo sacerdote, que lo trajo en sus brazos, predijo llorando sus futuras glorias. Siendo todavía niño, dejó asombrados á los doctores con su sabiduría; luego se trasladó al desierto, donde hizo penitencia durante seis años, y en este tiempo aparecieron en su cuerpo las treinta y dos señales de perfecta salud y ochenta dotes particulares. Vuelto otra vez á la soledad para meditar acerca del amor fraternal y la paciencia, le tienta allí el demonio, pero triunfa de él. Sale entónces predicando, elige discípulos, da reglas de vida ascética é instituye remedios para los pecados, todo á fin de apartar al mundo de la senda de perdición. Por último, los enemigos de su doctrina lo envían al patíbulo, y al espirar tiembla la tierra y se oscurece el cielo (1).

Mis nacimientos y muertes exceden en número á los arbustos y á las plantas del universo; nadie es capaz de calcular las veces que he muerto, y ni yo mismo puedo decir cuántas destrucciones y renovaciones de la tierra he presenciado. En tantas vidas de Budda, fácil era á la imaginación multiplicar hasta lo infinito las leyendas, variarlas, y de su reunión formar un ente ideal. Así, Budda desde la clase de hombre vulgar, que andaba á caza de la sabiduría, se elevó, paso á paso, atravesando miles de existencias, al puesto de boddhisatva, esto es, unido á la inteligencia; llegó á ser rey del universo; subió al cielo de Brama, y fué Brama, cuya vida dura dos regeneraciones del mundo, es decir, dos mil seiscientos ochenta y ocho millones de años.

Al paso que era dios en el cielo, no cesaba de ser santo rey en la tierra; pero en medio de su felicidad, se sintió con deseos de salvar á los hombres; y para mostrar su conmiseración hacía los dolores, y *hacer girar la rueda* en provecho de todos los mortales, desembarazándolos de las existencias variables y agitadas, y elevándolos al estado de inalterable reposo, que resulta de unirse la inteligencia con la infinita sustancia de donde emana, decidió hacerse hombre y se encarnó en una virgen. « Los males que afligen á los seres (dice), los errores de que son víctimas y que los extravían

(1) La admirable semejanza que existe entre el Buddismo y el Cristianismo, por lo ménos en los accidentes exteriores, llamó mucho la atención de los misioneros. Quien primero comparó ambos cultos fué el docto agustino De Giorgi en una disertación con que encabezó el *Alphabetum Thibetanum*, publicado en 1761 en Roma, por la Congregación de la Propaganda, V. la Nota C.

» del camino recto, su caída en la mansión de las grandes tinieblas, los dolores inmensos que los atormentan sin tener un libertador ó un patrono, los inducen á invocar mi poder y mi nombre. Pero sus padecimientos, que mis celestes ojos ven, y mis celestes oídos oyen, sin poder remediarlos, me causan tal trastorno, que no me es dable alcanzar el estado de pura inteligencia.»

Todó país adonde se extendió aquel culto, conserva vestigios de su presencia, y muchos lugares las huellas de sus piés; aquí se sabe que maldijo 99 mujeres, las cuales en el momento se pusieron concovadas; allí, huyendo de los enemigos, encontró un braman que pedía limosna, y no teniendo qué darle, se hizo atar y entregar al rey que lo perseguía, para con el premio de la captura hacer limosnas; y sin embargo, aquel mendigo es un braman, esto es, uno de sus mas encarnizados enemigos. Otras veces da de limosna los ojos y la cabeza; se deja despedazar por un tigre que rabia de hambre, y tiene un vaso de oro, que los ricos, llevando en ofrenda mil ramos de flores, no lo llenarian al paso que lo llenan los pobres con unas cuantas flores.

Segun otros, Budda nace de un poderoso rey, que, viéndole triste y pensativo, le da en matrimonio tres mujeres perfectas, cada una servida por veinte mil vírgenes, todas hermosísimas y semejantes á ninfas del cielo. Pero, aunque las sesenta mil jóvenes lo acarician y se empeñan en distraerlo, el príncipe continúa entregado á la tristeza, y suspirando por la doctrina verdadera. Los ministros del rey le aconsejan que emprenda un viaje; pero un dios, para volverlo á la meditación, se le aparece cuatro veces bajo distintas formas. Primeramente toma el aspecto de un viejo, á cuya vista el príncipe pregunta: *¿Quién es ese?* Y sus esclavos le responden: *Un viejo.* Y queriendo informarse de lo que viene á ser un viejo, aquellos le pintan las miserias de un hombre, « cuyos órganos están deteriorados, y que tiene mudada la forma, perdido el color, penosa la respiración y agotadas las fuerzas; un hombre que no digiere lo que come, cuyas articulaciones se hallan dislocadas; que esté ó no sentado, siempre necesita del auxilio de otra persona, y que si despliega los labios es para lamentarse y repetir mil veces lo mismo: esto es un viejo.» Reflexionando el príncipe acerca de la vejez, que es semejante á un carro hecho pedazos, vuelve aun mas triste de lo que marchó; y « el dolor que experimenta al pensar que todos pasamos por semejante desgracia, le veda toda especie de alegría.»

Sale, luego otra vez, despues de disponer su padre que ninguna cosa fétida ó inmunda se le interponga en el camino; pero el dios se transforma en un enfermo, tendido á lo largo de la vía, que no ve los colores, que no oye los sonidos, y cuyos piés y manos buscan el vacío, al mismo tiempo que llama á sus padres, y se abraza dolorosamente con su esposa y sus hi-

jos. El príncipe trata de averiguar quién es, é informado de que es un enfermo, pregunta qué viene á ser un enfermo; á lo que le contestan, que el hombre se compone de cuatro elementos, expuesto cada uno de ellos á ciento y una enfermedades que se suceden y combinan alternativamente. En seguida le hacen la descripción de las varias enfermedades, y el príncipe, pensando en aquel desventurado, se compadece de las miserias humanas y dice: *El cuerpo es á mis ojos semejante á una gota de lluvia, ¿es acaso posible disfrutar de algun placer en el mundo?*

Convirtiéndose el dios otro día en un muerto que llevaban á sepultar fuera de la ciudad, y habiendo hecho preguntas el príncipe acerca de él, se le hizo la horrible pintura de las consecuencias físicas de la muerte; con lo que volvió suspirando á su palacio y se puso á meditar en lo sujeto que está todo ser viviente á envejecer, enfermar y morir; de modo que se quedó sin comer.

Trasformóse por último el dios en religioso, y descubrió al príncipe la doctrina verdadera, gracias á la cual se eleva el hombre sobre las miserias de la vida, logrando reprimir sus deseos, y alcanzar con el reposo la sencillez del corazón; estado en que ni los sonidos ni los colores lo contaminan, ni lo doblegan las dignidades, permaneciendo inmóvil en la tierra. escaso de aflicciones y dolores, y obteniendo la salud con la extinción de la sensibilidad.

Por medio de estas cuatro singulares iniciaciones, llega el fundador del Buddismo á la absorción suprema; refugio que esta contemplativa y melancólica religión ofrece contra las emociones, el dolor y la mortalidad.

De otro modo descubre tambien el dios á Budda las miserias de los vivientes. Lo ministros del rey le presentan agricultores para distraerlo: « considerábalos el príncipe, cuando, abriéndose la tierra, salen de ella gusanos, y detras un escuerzo que se los come; en seguida aparece una serpiente tortuosa que se traga al escuerzo; despues un pavo real baja volando y hiere á la serpiente; pero un halcon coge entre sus garras al pavo real y lo devora; operacion que un buitres ejecuta con él inmediatamente.» Siéntese Budda conmovido viendo á los seres vivientes comerse unos á otros, y esta piedad lo eleva á su primer grado de contemplacion.

Sin embargo, temiendo los dioses que vacilase en dejar el mundo, enviaron á la saciedad á su palacio; y cuando todos dormían, las puertas de aquel se convirtieron en tumbas, las mujeres del príncipe y las doncellas en cadáveres, y los huesos, dispersándose, fueron presa de lobos, pájaros y zorras. Entónces el príncipe, convencido de que todo es ilusión, mudanza, sueño, voz que suena en el vacío, y que á esto solo un insensato es capaz de aficionarse, monta á caballo y corre á desprenderse en la soledad, por medio de la contemplación, de los dolores que le causan los tres mundos.

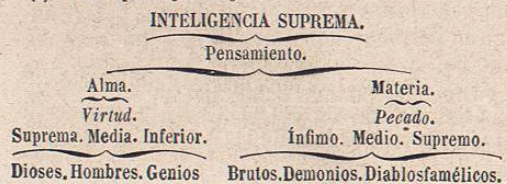
Muchas otras anécdotas pudiera elegir entre las miles de leyendas análogas que sirven de pasto á la plebe devota y de tráfico á los sacerdotes, y que prueban tres cosas: primera, la inagotable fantasía de los Orientales; segunda, una compasión profunda hácia los padecimientos de la generalidad; y tercera, aversión á la vida, necesidad grande de sumergirse en el océano de lo infinito para no sentir las agitaciones de la superficie.

Budda empezó sus predicaciones en el Magada, exponiendo el origen y la necesidad de la fe: *El estado de miseria universal, ó sea el mundo humano, es la primera verdad, la segunda, el camino de la salud, la tercera las tentaciones que salen al paso, y la cuarta el modo de combatir las y vencerlas.* Apoyaba sus doctrinas en el ejemplo de sus virtudes y en los milagros. Era nuevo en la India este modo de predicar, que consistía en comunicar á todos, en términos claros y sencillos, las verdades que ántes eran patrimonio de unos cuantos, y acoger en su seno á los hombres rechazados por las altas clases de la sociedad.

En el imperio de Magada, corazón del Indostan, esta reforma caminó lentamente y sin que se advirtiesen sus progresos, combatiendo al principio tan solo algunos puntos secundarios del dogma y la disciplina, y alejándose luego paso á paso de los Bramanes. Cobrando con lo ejecutado atrevimiento para ejecutar otras cosas, quisieron los Buddistas tener libros sagrados propios, y teorías filosóficas diferentes; lo rechazaron los Vedas, proclamándose los solos ortodoxos; y ya por convicción, ya porque necesitasen difundir sus doctrinas y adquirir prosélitos, impugnaron la distinción original de los hombres, antepusieron la inspiración divina á las normas del sacerdocio, y llamaron á predicar la palabra á cualquiera que se sintiese con vocación interior para ello. Formáronse de este modo nuevos profetas, que fueron los Samaneos, esto es, vencedores de las pasiones, los cuales con el ardor del proselitismo propio de las nuevas creencias, y con principios opuestos á la inmovilidad del Bramismo, se multiplicaron rápida y extensamente.

Segun comprenden el Buddismo, no el vulgo, sino los doctores, las criaturas se dividen en seis clases: demonios infernales, demonios famélicos, brutos, genios, hombres y dioses. Las tres primeras se derivan del pecado, hijo de la materia, y las otras de la virtud, hija del alma, ambas engendradas por el pensamiento unido á la suprema inteligencia (1). Los seres, encadenados por un destino inexorable, pero que

(1) Véase aquí la genealogía:



es consecuencia de las acciones de las criaturas, están en continua agitación en el universo visible (*sansara*), compuesto de tres mundos unidos entre sí por superposición.

La especie humana debe esforzarse en llegar al absoluto inmaterial (*nirvana*) por el camino demostrado por Budda, que se aparece de vez en cuando en la tierra, y despues de cumplir su misión vuelve á la existencia verdadera (*sunya*) contraria á la aparente de acá abajo, y es representado en la tierra por una emanación suya. El último que ha aparecido es Sakia Muni.

Ya que la materia uniéndose al espíritu lo corrompe, debe procurarse librar á este del dominio de los sentidos, para lo cual se requieren grandes esfuerzos de una voluntad constante, porque se oponen á ello los genios inferiores, los demonios famélicos y los infernales.

Esta doctrina se apoyaba, por consiguiente, en una opinión admitida como un hecho, y en una esperanza presentada como una certidumbre. Era la primera, que el hombre y cuanto lo circunda se mueven en el eterno círculo de la trasmigración, ocupando grados distintos en la escala de los seres, segun sus méritos; y la segunda consistía en el deseo de evitar la trasmigración y reducirse al aniquilamiento (*nirvana*), que se obtenía mediante un conocimiento ilimitado de las leyes físicas y morales, y la práctica de las seis virtudes trascendentales, que son la limosna, la moral, la ciencia, la fortaleza, la paciencia y la caridad.

La metafísica del Buddismo, creación de los tiempos sucesivos, se funda en dos principios, contenidos en las predicaciones de Budda, á saber: que «ningun fenómeno tiene sustancia propia» y que «todo lo que ha sido concebido ó compuesto es perecedero». Relucido así el universo á una pura ilusión (*maya*), Budda fundó sobre este hondo abismo un sistema gigantesco de cosmogonía, estableciendo una infinidad de grados en la escala de la existencia, desde el Ser puro, sin forma, ni cualidad, ni nombre, hasta sus emanaciones mas pequeñas.

Nuestro globo está dividido en cuatro grandes islas ó montañas, situadas en los puntos cardinales en torno del monte Merú; lo cercan siete montes de oro y siete mares agitados, y el sol. Este, habitado por un adorador de Budda, á quien sus méritos colocaron en tan alto puesto, es de figura cúbica; cinco torbellinos de viento lo impelen, sin pararse nunca, en torno de los cuatro continentes: uno lo sostiene para impedir que caiga, otro contiene su velocidad, el tercero lo guía, el cuarto lo tira hácia atrás, el quinto lo impele adelante; y de todo esto proviene la rotación.

Á la mitad del Merú principian los siete cielos de los deseos, cuyos habitantes, superiores al hombre, están no obstante sujetos á multiplicarse por medio del deleite; pero deleite que consiste en una mirada, en una sonrisa. En cuanto se sube allí, todo se purifica: al llegar al cuarto escalon ya no tienen poder los sentidos;

al llegar al quinto se trasforman los placeres sensuales en goces del entendimiento, aun cuando subsista todavía el amor al placer, si bien ya limpio de toda mezcla terrestre.

Sobre el mundo de los deseos está el mundo de las formas, cuyos habitantes no aspiran ya al placer, aunque se hallan sujetos á las condiciones de la existencia material, el color y la figura. En el mundo de las formas se distinguen diez y ocho llanuras una sobre otra, cada una de mayor perfección moral é intelectual, adquirida por los cuatro grados de la contemplación.

Tal es el mundo del hombre, ó mundo de la paciencia, que á pesar de todo no figura mas que como un punto infinitesimal en el diluvio de mundos acumulado por la imaginación india; y como para medirlos no bastaba la aritmética ordinaria, hubo necesidad de buscar una aritmética especial, cuya sublimidad solo penetró Budda, el cual la explica en diez grandes números cuando quiere dar idea de su naturaleza inagotable y sin límites, de los puros méritos que adornan á los Buddas ó santos, de los periodos de existencia de los Budistanas ó inteligencias modificadas, del océano de votos que estos hacen por la felicidad de los mortales, y del encadenamiento de las leyes que constituyen el desarrollo infinito de los mundos.

El primero de estos diez grandes números es el *asankia* (innumerable) de cien cuatrillones multiplicados por sí mismos. El cuadrado de este *asankia* produce el segundo de los diez números, á saber, la unidad seguida de sesenta y ocho ceros; y se continúa de este modo, tomando siempre el cuadrado, hasta el décimo, llamado indeciblemente indecible, que debería expresarse agregando á la unidad cuatro millones cuatrocientos cincuenta y seis mil y cuatrocientos cuarenta y ocho ceros: ¡Tanto se ha fatigado la imaginación para aproximarse á la idea de lo infinito!

Pero ¿qué mundo debía ser el que constituyese con el auxilio de aritmética semejante? Véase aquí su bosquejo.

Ya hemos dicho de cuántas llanuras, habitadas todas por innumerables seres, constaba el mundo del hombre. Segun los Buddistas, se necesitarían hasta mil millones de estos mundos para formar un universo; cien quintillones de estos universos forman una llanura; y veinte de estas llanuras un grupo de mundos, de los cuales el mas inferior se apoya en una flor de loto; símbolo tremendo de esa ciencia, que tiene por base la nada.

Esta flor no es sola; pues existen miríadas de miríadas, y cada una sirve de punto de apoyo á un sistema de universos de la misma clase. Despues este loto flota en un mar perfumado, que forma parte de una tierra de otro sistema, mas desmesurado aun que el anterior.

Aplicase ahora al tiempo lo que se verifica en el espacio. El tiempo está dividido en calpas, y cada calpa en cuatro épocas, como lo hemos vis-

to en las demas filosofías indias. En la primera se modela y coordina el mundo, y habitan los seres la región de las formas; pero á medida que adelanta el tiempo, se disminuye en sus manifestaciones la virtud de Budda, y descienden los seres al mundo de los deseos. Allí, no bien han gustado de una fuente dulce como la miel y la leche, se despierta en ellos la sensibilidad; y esta, en extremo delicada al principio, se irrita cuando despues de haber comido un manjar mas grosero, se desarrollan los distintos sexos y las disposiciones violentas y apasionadas, y las criaturas quedan sometidas á la esclavitud de los sentidos. Aquí se suspende la decadencia, para comenzar de nuevo despues de un corto intervalo; y huracanes, incendios, cataclismos, anuncian la destrucción del universo, diluvio de males que invade primero una llanura y luego otra; hasta que corrompiéndose cada vez mas las costumbres, un inmenso incendio acaba en siete dias con todas las condiciones perversas, esto es, con los animales, los hombres y los malos genios. Entónces el vacío ocupa el puesto que ántes llenaba el mundo; no hay ya día, ni sol, sino tinieblas por todas partes.

Los habitantes de las llanuras superiores adonde no llegan estas catástrofes, viven mucho mas que uno de estos calpas; y hay uno cuya vida es igual á la de ochenta mil calpas.

En diferentes grados de esta serie de siglos y de mundos aparecen los Buddas, manifestaciones especiales de la sustancia absoluta, de la que todo emana, y que al terminarse cada edad, vienen á presidir, la que principia, á restablecer las doctrinas, y á poner nuevamente á los hombres en el camino recto.

El mérito de la moral del buddismo es mucho mas relevante. Esta moral conservó y proclamó las doctrinas primitivas de un solo Dios y de la igualdad de los hombres ante él. Sus cinco mandamientos principales son: «No matar á ningun ser viviente, desde el insecto al hombre; no hurtar; no cometer adulterio; no mentir; no beber vino ni otros licores que produzcan embriaguez.» Los diez pecados capitales están divididos en tres categorías; en la primera, se comprenden el homicidio, el hurto, al adulterio; en la segunda, la mentira, la riña, el odio, las palabras ociosas; en la tercera, el deseo inmoderado, la envidia, la idolatría. El imperio sobre los sentidos, la humildad, la mortificación, la caridad, se predicán allí con tan tiernos y penetrantes acentos, que á veces se creeria estar oyendo el Evangelio. Budda recomienda eficazmente la limosna. «Si esos seres, ó monjes, conociesen el fruto de la limosna como yo, se reducirían á lo puramente necesario, al último pedazo de carne, y ni siquiera este tomarían, sin haberlo ántes partido con alguno. Y si encontraran personas acreedoras á sus limosnas, no subsistiría en su espíritu el pensamiento de egoísmo que pudiera haber nacido en él. Pero como esos seres, ó monjes, no conocen como yo el fruto de las limosnas, comen con un sentimiento

Moral.